

PRESIONES CULTURALES EN LA PSICOLOGIA DE LA MUJER

Por CLARA THOMPSON

En mi estudio "El papel de la mujer en esta cultura" presenté un panorama del estado actual de la mujer en los Estados Unidos. Señalé la situación básica y los cambios que se están experimentando. Aunque el estudio se refería principalmente a los aspectos positivos de la evolución de la mujer, también hablé de los problemas que todavía se presentan y de los nuevos problemas originados por las nuevas circunstancias.

Es este problema relativo a la actual situación cultural de la mujer el que estudiaré ahora. Lo abordaré a través del estudio de las teorías de Freud acerca de las mujeres, revisándolas a la luz de los factores culturales.

La importancia de las influencias culturales en los problemas de la personalidad, ha adquirido en el trabajo psiquiátrico una significación cada vez mayor. Una cultura dada tiende a producir determinados tipos de carácter. En su obra "La personalidad neurótica de nuestro tiempo", Karen Horney ha descrito muy bien ciertas tendencias de esta cultura. La mayoría de estas tendencias neuróticas tienen un funcionamiento similar en ambos sexos. Así, por ejemplo, el llamado carácter masoquista no es de ninguna manera un fenómeno exclusivamente femenino. Del mismo modo la necesidad neurótica de ser amado se encuentra tanto en los hombres como en las mujeres. La necesidad neurótica de poder y los impulsos de ambición insaciable

no se encuentran únicamente entre los hombres, sino también entre las mujeres.

Sin embargo, en algunos aspectos los problemas de la mujer son básicamente diferentes de los del hombre. Estas diferencias fundamentales dependen de dos cosas. En primer lugar, la mujer tiene diferentes funciones biológicas y por causa de ellas su posición en la sociedad difiere necesariamente en algunos aspectos de la del hombre. En segundo lugar, la actitud cultural con respecto a la mujer, difiere considerablemente de la relativa al hombre por razones completamente distintas de la necesidad biológica. Estas dos diferencias presentan a las mujeres problemas que el hombre no tiene que enfrentar.

Los problemas biológicos de la vida de la mujer no pueden ser ignorados aunque parece que, en la mayor parte de los casos, el aspecto biológico constituye un problema principalmente cuando produce una situación que no es satisfactoria dentro de la organización cultural. La menstruación, la preñez y la menopausia pueden traer para la mujer riesgos cuya dificultad no puede compararse con los de la biología masculina. Freud se impresionó en tal forma por las dificultades biológicas de la mujer que, como es bien sabido, llegó a creer que todos los sentimientos de inferioridad de la mujer tenían sus raíces en su inadecuación biológica. Decir que una mujer debe afrontar riesgos como el hombre no parece ser la misma cosa que decir que la mujer es biológicamente inferior, como arguye Freud.

De acuerdo con su teoría, la mujer tiene un duradero sentimiento de inferioridad porque no tiene un pene. El descubrimiento de este hecho, aproximadamente a la edad de tres años, se considera suficientemente traumático no solo como una base de posteriores neurosis sino como una influencia decisiva en el carácter femenino. Debe ella ir a través de la vida, desde esa época, con el sentimiento de haber nacido incompleta o de que algo terrible le sucedió, posiblemente como un castigo. Este sentimiento de carencia biológica, cree Freud, ensombrece todos los demás detalles del cuadro, en tal forma que se ve obligada a expresar un pesimismo completo en cuanto a la cura de las mujeres. En su ensayo "Análisis terminable e interminable", publicado en inglés en 1937, dice lo siguiente: "El deseo femenino de un pene... es la fuente de ataques agudos de depresión... porque... ellas (las mujeres) sienten que el análisis no podrá ayudarlas en nada. Lo único que podemos hacer es estar de acuerdo con ellas cuando descubrimos que el más fuerte motivo que las ha hecho someterse a tratamiento era la esperanza de que podrían en alguna forma obtener un órgano masculino". Este pesimismo es justificado solamente si se acepta que lo que las mujeres piden del análisis es un real y físico órgano masculino, mientras que a mí me parece que, cuando tal deseo se expresa,

la mujer pide, en esta forma simbólica, alguna clase de igualdad con el hombre.

De acuerdo con Freud, por causa del descubrimiento de la niña de que no tiene pene, ésta ingresa en el complejo de Edipo en el que la castración ya es un hecho cumplido, mientras que en el varón la amenaza de la castración surge como un resultado del complejo de Edipo y trae consigo la represión. Freud cree que mucho de lo que es importante para el superego tiene su origen en esta situación del niño. Por esto la niña, sintiéndose ya castrada, no necesita temer esa amenaza y tiene una menor tendencia a reprimir su complejo de Edipo y menor tendencia a desarrollar su superego.

Además, de acuerdo con Freud, un hecho que refuerza la alta valoración del pene por parte de la niña, es el de que al tiempo de ese descubrimiento, ella no es consciente de que tiene una vagina. Por esto, considera que el clítoris es su único órgano sexual y se interesa exclusivamente en él a lo largo de toda su infancia. El hecho de que crea que es aquél todo lo que ella tiene en lugar de pene, acentúa su inferioridad. Además, la ignorancia de la vagina constituye para ella un riesgo especial, puesto que la aparición de la menstruación le hace adquirir conciencia de su papel femenino y la obliga a abandonar su interés en el clítoris y buscar en adelante satisfacción sexual por medio de la vagina. Con esto comienza un cambio de su carácter. Pierde su agresividad masculina y se vuelve femeninamente pasiva.

Estos son los más importantes de los aspectos estrictamente biológicos de la teoría de Freud sobre el desarrollo de la mujer. Me ocuparé luego de algunos otros detalles, pero ahora quiero revisar el esquema general a la luz de mi primera consideración, el aspecto problemático de la biología de la mujer. Debemos preguntarnos: ¿es ésta la verdadera historia del desarrollo biológico de las mujeres? El deseo del pene como consecuencia de una experiencia en la temprana niñez es recordado a veces por pacientes femeninas. Sin embargo, de acuerdo con mi experiencia, este hecho no es recordado por todas las pacientes, ni siquiera por todas aquellas que presentan en otros aspectos el cuadro clínico de envidia de pene. Aunque un hallazgo negativo no es concluyente, sugiere que también otros factores pueden contribuir a la envidia por el varón. Así, con frecuencia uno encuentra pacientes que no tienen conciencia del clítoris como un órgano separado y aprenden esto más tarde al estudiar biología. Esto es cierto, incluso en el caso de que ellas hayan explotado sensaciones placenteras en la región del clítoris. Aunque se haya observado ignorancia con respecto a la vagina, a veces hasta bien entrada la adolescencia, especialmente en histéricas, con igual frecuencia uno encuentra conocimiento de la vagina desde temprana edad e incluso frecuente práctica de masturbación vaginal.

Estos hechos ciertamente arrojan dudas sobre la idea de que el clítoris es siempre el centro de interés de las niñas. Parece que es admisible, aún hoy día, la pregunta sobre si existe adecuada información en lo concerniente a los intereses sexuales innatos de la mujer.

Sin embargo, Freud era un agudo observador clínico, y puede aceptarse que su teoría está basada en ciertos hechos observados por él. Debemos considerar la probable naturaleza de estos hechos y las principales causas de error de sus observaciones. Estas últimas parece que han sido dos. En primer lugar, él vio el problema desde un punto de vista enteramente masculino. Horney llamó la atención sobre esto en su ensayo "Escape de la feminidad", publicado en 1926. En él, ella acumula datos para mostrar que la actitud predominante del varón con respecto a sus propios órganos genitales, fue tomada por Freud como una actitud de ambos sexos. Ella indica que Freud basó su teoría en el supuesto de que el pene es el órgano sexual más altamente valorado por ambos sexos, y en ninguna parte de su obra reconoce la posibilidad de que haya una función biológica femenina por propio derecho. El vio a la mujer, primariamente, como lo negativo del varón. El ejemplo extremo de esto se revela en su teoría de que la mujer acepta su capacidad de concebir un niño como compensación de su carencia de pene. El dar a luz es una función biológica suficientemente importante como para valer por sí misma. Ciertamente sólo un hombre pudo considerarlo en términos de compensación o consolación.

La segunda fuente de error en el pensamiento de Freud consiste en que él estudió solamente el caso de la mujer de su propia civilización o estrechamente vinculada a ella; como él no disponía de estudios comparativos de otras culturas, creyó que la que él observaba era la mujer universal. Estudios actuales muestran claramente que ese no es el caso.

Las mujeres observadas por los psicoanalistas, son claramente mujeres que viven en una cultura determinada, la cultura occidental, una cultura patriarcal en estado de transición. Es imposible separar del cuadro general algo que pueda llamarse con seguridad mujer biológica. Se supone que ella existe, que ella reacciona a su peculiar carácter orgánico, pero es cada vez más claro que no todo lo que parece biológico es biológico. Que las mujeres actúan diferentemente en diferentes tipos de cultura es cosa que comienza a ser conocida actualmente, aunque no se hayan hecho todavía estudios intensivos sobre la mujer en otras culturas. Freud, ignorando estas consideraciones, pensó que las actitudes, intereses y ambiciones de las mujeres de las clases media y alta, a quienes analizó, eran las actitudes, intereses y ambiciones características de la mujer en general.

Hoy día uno se da cuenta de que mucho de lo que incluso la mujer misma puede atribuir al hecho de su sexo, puede explicarse como re-

sultado de presiones culturales. Al mismo tiempo, no puede negarse que el dar a luz debe influir en el desarrollo de la personalidad de la mujer. También el tipo de respuesta sexual característico de una mujer posiblemente tiene su influencia en su carácter.

Por ejemplo, parece probable que el mismo hecho de que el varón debe realizar una erección para verificar el acto sexual y de que cualquier falla en este intento no puede esconderse, mientras la mujer puede mucho más fácilmente ocultar su éxito o fracaso en el acto, puede tener su efecto en las pautas básicas del carácter de ambos. Sin embargo, aún aquí se necesita una comprensión mayor de las presiones culturales para que pueda establecerse en qué forma o en qué medida interviene la biología. Pero una cosa parece bastante cierta, a saber, en la medida en que la mujer esté satisfecha biológicamente —en cualquier significación del término— en esa medida no tendrá tendencia a envidiar la biología del hombre o a sentirse inferior en cuanto a su organización biológica.

En ciertas culturas la mujer puede encontrarse con dificultades en las que su organización biológica parece constituir una desventaja. Esto puede ser cierto cuando se niega expresión a sus impulsos o cuando el cumplimiento de su papel como mujer la pone en desventaja. Ambas situaciones son ciertas en muchos aspectos en los Estados Unidos de hoy. Es esta una cultura esencialmente patriarcal, y aunque muchos valores están en período de cambio, y esos cambios son favorables a las mujeres, la situación patriarcal ofrece todavía limitaciones para el libre desarrollo de los intereses de la mujer. De otra parte, las nuevas situaciones tienen el peligro de colocar a la mujer en desigual competencia con respecto al hombre. Esta desigualdad no resulta de la desigualdad biológica sino de la desigualdad que se deriva de los prejuicios y de las mayores ventajas que se ofrecen al hombre.

La actitud oficial de esta cultura es la de que la mujer no ha sido, y todavía no lo es, igual al hombre. Esto ha conducido a lo siguiente: hasta hace poco tiempo no se ofrecía a la mujer una educación ni siquiera aproximadamente igual a la ofrecida al hombre; cuando se le suministraba una educación razonablemente adecuada, encontraba oportunidades más limitadas de utilizar esa preparación que las del varón; se consideraba desvalida a la mujer, en parte, porque no se le daban oportunidades de trabajo, y en parte porque no tenía otra alternativa que depender económicamente de un hombre; además, se le imponían restricciones sociales especialmente en relación con su vida sexual. Estas restricciones estaban concebidas en provecho del hombre.

La tesis de la inferioridad de la mujer formaba parte de la actitud general de la sociedad, y fue aceptada hasta muy recientemente como un hecho biológico por ambos sexos. Dado que es obviamente venta-

joso para el varón creer esto, el hombre ha opuesto una mayor resistencia que la mujer a admitir un nuevo punto de vista. Al mismo tiempo la mujer ha tenido dificultad para liberarse de una idea que hacía parte de su educación para la vida. Así, se da el caso de que cuando una mujer ha llegado a convencerse conscientemente de su propio valor, tiene que enfrentarse todavía con los efectos inconscientes de su educación, con la discriminación en contra suya y con experiencias traumáticas que mantienen viva la actitud de inferioridad.

Las mujeres que Freud observó estaban en esta situación y fue fácil para él generalizar los efectos de la actitud de esa cultura como un hecho biológico.

Parece, pues, justificable considerar la teoría de Freud no solamente a la luz de sus prejuicios masculinos, sino examinando de cerca las particulares presiones culturales que pueden producir el cuadro de la mujer, tal como él lo vio.

El encontró que el problema central en las dificultades neuróticas de la mayoría de las mujeres era el de la envidia del pene. Si esto es interpretado simbólicamente, puede aceptarse que en esta cultura, donde los beneficios son para el poseedor de pene, las mujeres se encuentran con frecuencia en situaciones que suscitan su envidia del hombre y, en consecuencia, muestran en sus relaciones con el hombre una actitud que puede llamarse envidia del pene.

El conocimiento de la ventaja del pene puede ser vagamente consciente en la mente de una niña de tres años, porque ya a esa edad tiene claras pruebas de que el hijo es privilegiado en muchas familias de la clase media. Antes de plantear el problema de si esta temprana experiencia se presenta como real envidia del pene o si el varón es envidiado en forma más general, debe tenerse en cuenta que hasta muy recientemente a la niña corriente en la pubertad se le había dado una clara conciencia de las desventajas de ser mujer. En la época victoriana la transición de la libertad de la niñez a las restricciones de la adolescencia debió ser una causa especialmente activa de infelicidad. Una experiencia de hace quince años con una paciente, muestra claramente cuál era la situación cultural que todavía existía en esa época. Un niño y una niña, aquél un año y medio mayor que ésta, se criaron en el seno de una familia en la que se estimulaba la libertad en el desarrollo. Eran ambos muy aficionados a la vida al aire libre y realizaban juntos largas caminatas, pernoctando con frecuencia en el campo. De repente, a la edad de doce años, se produjo un gran cambio en la vida de la niña. Se le dijo que ahora ella iba a convertirse en una mujer y no podría continuar realizando paseos que incluyeran pasar la noche afuera con su hermano. Esta fue solo una demostración, pero muy importante para ella, del comienzo de la limitación de sus acti-

vidades. Se llenó de amargura y de envidia del hermano, y por varias razones centró su resentimiento total en el hecho de la menstruación. Esta le parecía el signo de su desgracia, el signo de que no tenía derecho a ser una persona. Se volvió retraída y deprimida. Su más fuerte sentimiento era que odiaba ser mujer y no quería crecer. Esta situación se desarrolló en forma decisiva por causa de las restricciones de la adolescencia, restricciones que de hecho cambiaron totalmente su forma de vida. No quiero decir con esto que esta patológica reacción ante la situación de la pubertad se desarrollara en una niña hasta ese momento sana. La envidia de su hermano existía desde la niñez por causa de la marcada preferencia de su madre por él, pero un largo período de igualdad había hecho mucho por devolverle su propia estimación. La situación de la pubertad reestableció la idea de que él era la persona más favorecida.

Los cambios producidos por las restricciones culturales en la pubertad de las niñas no son de naturaleza superficial. En esa época, en el cuadro victoriano, la niña pasaba de una posición de relativa igualdad con los varones a una de inferioridad. Esta inferioridad le era demostrada de varias maneras. Un punto sobresaliente del cuadro era la inhibición de la agresividad natural. La niña ya no podía hacer exigencias ni salir cuando quisiera libremente. Si estaba interesada en un hombre no podía mostrárselo directamente. No debía nunca exponerse a un posible rechazo. Esto habría significado que no era femenina. No podía ya buscar su propio provecho con la misma libertad del muchacho. Se le ponían obstáculos en su educación, en sus juegos y en su vida social. Pero especialmente en su vida sexual su libertad de desarrollo era restringida. El castigo por la espontánea expresión de intereses sexuales era muy grande. Un acto impulsivo que tuviera como consecuencia la preñez, arruinaba toda la vida de la muchacha. Su educación estaba orientada en el sentido de la insinceridad con respecto a sus intereses sexuales. Se le enseñó a avergonzarse de la menstruación. Era algo que debía ser escondido, y cualquier accidente que permitiera descubrirla era especialmente humillante. En resumen, la vida como mujer se iniciaba en forma muy desagradable. Se caracterizaba por sentimientos de vergüenza corporal, pérdida de libertad, pérdida de la igualdad con los varones y pérdida del derecho de ser agresiva. La educación en la insinceridad, especialmente en lo referente a su vida sexual y sus intereses sexuales contribuía en gran medida a la rebajada estimación de sí misma de la mujer. Cuando algo que hace parte suya en forma tan vital debe negarse, no hace falta un gran paso para llegar a la negación de todo el propio ser. El hecho de que mucho de esto ha cambiado notoriamente en los últimos cincuenta años, parece prueba suficiente de que esta situación obedecía a una actitud cultural y no

tenía nada que ver con la feminidad innata. Freud, observando este cambio cultural en el estado de la niña en la pubertad, lo atribuía a la necesidad de que la mujer acepte su pasiva femineidad, cosa que no puede hacerse, dice él, sin lucha. ¿No es más apropiado decir que en la pubertad es necesario que la muchacha acepte las restricciones que se imponen a la mujer, y que esto es usualmente mal recibido? En una palabra, las dificultades de ajuste que se encuentran en una niña en la pubertad son el resultado de las presiones sociales y no se derivan de la dificultad de dejar el clítoris en favor de la vagina.

La actitud cultural, con respecto a la vida sexual de la mujer, ha sido de negación. En años pasados era casi de negación total de su existencia misma. Aún hoy hay todavía cierta tendencia a negar que sea tan importante y urgente como la vida sexual del hombre. La pasividad y el masoquismo son considerados generalmente como características esenciales de la conducta sexual de la mujer. La pasividad se le impone forzosamente con la inhibición del derecho de agresión. Su masoquismo se revela con frecuencia como una forma de adaptación a una vida insatisfecha y circunscrita.

No solamente en su vida sexual tiene razón la mujer en envidiar al hombre. Su desarrollo intelectual circunscrito y la falta de estímulo a su iniciativa personal, contribuyen a frustrarla. En parte por falta de educación y en parte por la exigencia de propiedad del hombre, la mujer ha tenido que aceptar una posición de dependencia económica con respecto al hombre, situación que todavía constituye la norma general.

De esta situación derivan varios rasgos de la personalidad que han sido en general considerados como típicamente femeninos y han sido descritos en la literatura psicoanalítica como resultado de la organización biológica de la mujer. Se supone que las mujeres son más narcisistas que los hombres, que tienen mucho mayor necesidad de ser amadas, que son más rígidas que los hombres, que tienen superegos más débiles que los hombres, todo esto además de las ya mencionadas actitudes de pasividad y masoquismo.

Un estudio de la verdadera situación de desamparo económico de la mujer en el pasado reciente y el relativo desamparo económico de muchas mujeres hoy día, invita a pensar en el carácter innato de aquellos rasgos de la personalidad. La función de dar a luz no puede dejar de tener algún efecto en la personalidad de la mujer, pero cuando esta función está acompañada por la necesidad de legalizar ese proceso por medio del matrimonio y la dependencia económica —con la única alternativa del ostracismo social y sus consecuentes dificultades en el campo económico, si no contrae matrimonio— uno no puede menos de pensar que la mayor necesidad de ser amada y de tener significati-

vas relaciones sexuales, en vez de la más fortuita vida sexual del hombre, deriva principalmente de que vive en una cultura que no le ofrece seguridad fuera de la llamada relación de amor permanente. En el mismo sentido, la opinión de que la mujer tiene una mayor necesidad de ser amada que el hombre, puede interpretarse como un procedimiento para otorgar seguridad en una situación cultural que produce dependencia. El ser amado no es solo una parte de la vida normal, en la misma forma en que lo es de la del hombre, sino llega a ser necesariamente la profesión de la mujer. El hacer su cuerpo sexualmente atractivo y hacer seductora su personalidad, es imperativo para ella por razones de seguridad. En siglos pasados podía sentirse a salvo una vez casada y podía correr el riesgo de descuidar sus encantos, pero hoy, con la facilidad actual del divorcio, la mujer, que depende de un hombre para su sustento y posición social, debe continuar dedicando gran parte de su tiempo a los que pueden denominarse objetivos narcisistas, esto es, cuidado del cuerpo e interés en el vestido. Puede verse que los supuestos narcisismo y mayor necesidad de amor pueden ser enteramente el resultado de la necesidad económica.

La idea de que las mujeres deben tener superegos más débiles que el hombre, como lo establece Freud, deriva de la noción de que en la niña el complejo de Edipo no se reprime usualmente. Dado que la niña ingresa a la fase de Edipo después de haber aceptado el hecho de la castración, hace que no tenga el temor que la conduciría a la represión y la formación del superego. No solo Freud sino otros escritores, especialmente Sachs, han señalado que por esa causa las mujeres carecen con frecuencia de fuertes convicciones y de una fuerte conciencia y tienden a tomar las convicciones y pautas de los hombres con quienes llegue a establecer relaciones de dependencia a lo largo de sus vidas. Se dice que esto es especialmente notorio en las mujeres que han amado a varios hombres. Se supone que tal mujer adopta sucesivamente las actitudes de los diversos hombres.

Indudablemente hay muchas mujeres que corresponden a esta descripción, pero ese rasgo de no poseer creencias o convicciones fuertes no se encuentra en todas las mujeres y se presenta con frecuencia en hombres de esta cultura.

Es una actitud típica de personas que consideran que su seguridad depende de su aprobación a una persona o a un grupo poderoso. Es relativamente fácil convertirse a una ideología que trae ventajas, especialmente si una persona no ha sido nunca capaz, por razones reales o neuróticas, de adquirir la suficiente independencia para conocer su propia mente. Este no podía menos de ser el caso de la joven victoriana a quien no era permitido liberarse de su padre hasta que no hubiera sido confiada en forma segura a otro hombre. Por razones culturales,

la muchacha tenía que continuar dependiendo del padre y no se estimulaba su emancipación de los lazos infantiles. Esta situación no es apta para desarrollar conceptos independientes. El hecho de que, a pesar de esto, algunas mujeres llegaran a ser independientes es admirable.

Otra aseveración de Freud requiere estudio: la idea de que las mujeres son más rígidas que los hombres y pierden más pronto su capacidad de desarrollo intelectual y emocional. El señala el hecho de que una mujer de treinta años con frecuencia parece ser incapaz de un mayor desarrollo mientras que un hombre de la misma edad está en el comienzo de su mejor período de realización. Sin embargo, no explica precisamente por qué es éste el resultado del sexo de la mujer, ya que esto implica que la mujer ha superado ya las dificultades de su desarrollo sexual. Para citarlo textualmente: "Es como si todo el proceso se hubiera realizado y fuera ya inaccesible a influencia en el futuro; como si, de hecho, el difícil desarrollo que lleva a la feminidad hubiera agotado todas las posibilidades del individuo". Uno estaría tentado a creer que porque el período de atracción sexual de la mujer es más corto que el del hombre, ella envejece antes mental y emocionalmente. Sin embargo, también aquí los factores culturales dominan en tal forma el cuadro, que es difícil ver otra cosa. En la medida en que la única oportunidad de la mujer de triunfar en la vida es la de realizar un matrimonio ventajoso, su carrera se habrá realizado o perdido para la edad de treinta años. Una mujer de treinta años en la época victoriana y aún hoy, en algunas circunstancias, no tiene futuro. Es bien sabido en terapia psicoanalítica que para obtenerse un resultado favorable en el tratamiento, debe existir una real oportunidad de desarrollo posterior de la persona. Esta consideración parece que ofrecería una adecuada explicación a la mayor rigidez de la mujer, en el caso de que llegare a probarse esa mayor rigidez. Yo creo que no hay escasez de personalidades inflexibles entre hombres que han llegado a su máximo desarrollo a la edad de treinta años, ya sea por causa de inferioridad mental, insuficiente preparación o falta de oportunidades. Más aún, hay hoy día ejemplos de muchas mujeres cuya seguridad no depende de su valor sexual, que permanecen flexibles y son capaces de desarrollo. Todo lo que puede decirse con certeza es que la falta de oportunidades ofrecidas a la mujer y su dependencia del hombre puede conducirla a una temprana rigidez y una visión estrecha de la vida, del mismo modo que puede hacerlo cualquier situación que impida el desarrollo natural de uno u otro sexo.

Lo que he expuesto hasta ahora muestra que las características de la mujer, que Freud ha explicado como el resultado de sus vicisitudes biológicas, comenzando por el descubrimiento de que no tiene pene, puede ser también explicado satisfactoriamente en términos de las pre-

siones culturales a que ha estado sometida. Esta última hipótesis debe ser tenida en cuenta —aunque sea solo por razones económicas— antes de separar a la hembra del hombre del dominio de los principios biológicos generales y hacer de ella algo biológicamente sin precedentes.

Es claro que las teorías de Freud fueron desarrolladas originalmente en relación con las mujeres de la época victoriana. Estudiemos ahora, en contraste, a la mujer de hoy. La posición de la mujer ha cambiado considerablemente, y si los factores culturales son importantes, ya ella no está tan inhibida ni restringida sexualmente, sus oportunidades para el propio desarrollo han aumentado, y el matrimonio ya no es el único medio de conseguir seguridad económica. Indudablemente estos hechos han influido en el carácter de las mujeres. Tanto, que está surgiendo un nuevo tipo de mujer, una mujer capaz de independencia, cuyas características difieren de las descritas por Freud. Sin embargo, el presente es todavía un período de transición. Un cambio cultural tarda mucho tiempo en realizarse, especialmente en sus implicaciones psicológicas para una persona no dependiente. Algo de la actitud victoriana persiste todavía en la psicología de la mayoría de las mujeres. Uno encuentra muchos rastros de ella, por ejemplo, la noción de que es más femenino para una mujer casarse y dejar que el marido la mantenga. La mayoría de las mujeres aún aceptan esa idea, aunque no desde tan temprana edad como sus abuelas. Con frecuencia ellas tienen primero unos cuantos años de independencia. Para algunas la alternativa de un matrimonio con dependencia económica o independencia con o sin matrimonio, presenta un serio conflicto. También bajo la influencia de la tradición y los prejuicios, muchas mujeres están convencidas de que su adecuada realización sexual, incluyendo los hijos, y un adecuado desarrollo propio, son inconciliables. Los hombres no tienen tales tradiciones, y para ellos los dos intereses usualmente se refuerzan el uno al otro. En esto, ciertamente las mujeres tienen todavía buenas razones para envidiar a los hombres.

En este sentido, específico y limitado, la idea de Freud de que las mujeres tienen envidia porque no tienen pene, es simbólicamente cierta dentro de esta cultura. La mujer envidia la mayor libertad del hombre, sus mayores oportunidades y su carencia de conflictos en cuanto a sus impulsos fundamentales. El pene como un símbolo de agresión representa la libertad de ser nosotros mismos, de abrirnos paso, de obtener lo que queremos. Estas son las características que la mujer envidia en el hombre. Cuando esta envidia es llevada a un grado más patológico, la mujer piensa que el hombre es un sér hostil y el pene se convierte simbólicamente en un arma que aquél usa contra ella. En el cuadro patológico llamado envidia del pene, por Freud,

la mujer desea tener las calidades destructivas que ella atribuye al hombre y desea usar ese poder destructor contra él.

Nos resta estudiar las formas en que las mujeres han afrontado el problema de sentirse inferiores y odiar a los hombres, o, para usar el lenguaje freudiano, la forma como han enfrentado el tema de la envidia del pene. Freud señala tres soluciones: una mujer puede aceptar su papel femenino; puede desarrollar una neurosis; o su carácter puede desarrollarse en la dirección de un "complejo de masculinidad". La primera de estas soluciones le parece la normal.

Surge aquí nuevamente el problema de lo que es la mujer biológica y la mujer cultural. Biológicamente la mujer puede encontrar su realización como mujer únicamente, y en la medida en que niegue esto será frustrada. Sin embargo, hay otras implicaciones en la idea de aceptar su papel femenino: puede incluir la aceptación de todo el grupo de actitudes consideradas como femeninas por la cultura de su tiempo. En tal sentido la aceptación del papel femenino puede no ser una actitud afirmativa, sino una expresión de sumisión y de resignación. Puede significar la elección de la línea de menor resistencia con el sacrificio, por razones de seguridad, de importantes partes de su propia personalidad.

La solución de la envidia del varón por medio de la neurosis puede ser considerada como una solución mediante la evasión, y aunque podrían considerarse aquí muchos factores interesantes, la influencia de las presiones culturales no difiere en mayor grado de los que se encuentran en el próximo tipo de situación.

La solución por medio del desarrollo de un complejo de masculinidad merece cuidadosa atención. Una importante diferencia entre la estructura neurótica del carácter y la neurosis, surge del hecho de que el carácter es aceptado de muchas maneras por la cultura. Representa no solamente un compromiso entre las tendencias conflictivas de la persona, sino que toma su pauta directamente de esa cultura. La cultura estimula la masculinidad de la mujer. Con la desaparición de la antigua vida protegida, con la creciente competencia con el hombre, originada tanto por la propia revolución industrial como por la propia inquietud de la mujer, no es extraño que el primer paso de ésta hacia la igualdad sería el de tratar de ser como el hombre. No teniendo caminos propios qué seguir, la mujer ha tendido a copiar al hombre. Imitar a una persona superior no ha sido nunca extraño. El obrero que busca ascender en la escala social y económica no solamente trata de imitar el modo de vida de la clase media sino que puede tratar de adoptar el modo de pensar de esa clase media. Puede tratar en tal forma que llegue a convertirse en una caricatura de las cosas que él desea ser, perdiendo de vista en el proceso sus propias metas.

De la misma manera las mujeres, imitando a los hombres, pueden convertirse en caricaturas y perder de vista sus propios intereses. Así, debe considerarse en qué medida es provechoso para la mujer adoptar las maneras del hombre. En qué medida puede hacerlo sin perder de vista sus propios objetivos. Esto lleva inevitablemente a la consideración de cuáles características son biológicamente masculinas y cuáles se han desarrollado en forma secundaria como resultado de su forma de vida. Aquí, como en las consideraciones sobre la feminidad, se presenta la misma dificultad para separar los factores biológicos de los culturales. No hace muchos años la decisión de una mujer de seguir una carrera —la medicina, por ejemplo— era considerada, incluso por algunos analistas, como un indicio de un complejo de masculinidad. Esto se debía a la creencia de que todo trabajo fuera de casa, especialmente si requería funciones de dirección, era masculino, y por consiguiente, quien lo intentara estaría tratando de ser un hombre.

Es verdad, hablando en forma práctica, que en el mundo profesional y de los negocios, conviene frecuentemente actuar como los hombres. Las mujeres estaban entrando a un campo que había estado en posesión de los hombres, en el cual los llamados rasgos masculinos de decisión, osadía y agresividad eran usualmente más efectivos que los rasgos atribuidos consuetudinariamente a las mujeres, tales como la amabilidad y la sumisión. En la adaptación a esta nueva forma de vida, las mujeres no podían hacer otra cosa que tratar de cambiar los rasgos de su personalidad adquiridos en su organización cultural anterior. La libertad que trajo a la mujer su independencia económica también influyó en el desarrollo de características consideradas hasta entonces como masculinas. Parece claro, sin embargo, que tales cambios no están en sí mismos orientados directamente hacia la masculinidad en ningún sentido importante. No debe confundirse el cuadro de la mujer independiente con el de una estructura de carácter esencialmente patológico, como lo es el complejo de masculinidad.

Con esto quiero decir que la cultura favorece actualmente a una mujer que ha desarrollado ciertas características consideradas hasta ahora como típicas del hombre; pero, además, ella puede ser neurótica y puede explotar la situación cultural para protegerse de ciertas ansiedades que pueden derivarse en parte de sus dificultades de desarrollo propio por causa de ser mujer, y en parte por otras privaciones y traumas. Obviamente, si una mujer desarrolla características que indican que ella inconscientemente se considera un hombre, está descontenta de ser mujer. Sería útil averiguar qué significa para ella esto de “ser una mujer”. Ya he sugerido la posibilidad de varios significados desagradables. Ser una mujer puede significar para ella ser inferior, estar restringida y estar en poder de alguien. En resumen, ser una mujer

puede significar la negación de su propia conciencia, la negación de toda oportunidad de ser una persona independiente. Por lo tanto, el rechazo de su condición de mujer puede significar lo contrario, un intento de afirmar que uno es una persona independiente. La mujer con complejo de masculinidad muestra una necesidad exagerada de "libertad" y temor de perder su identidad por cualquier intimididad.

A través del tratamiento de algunas situaciones similares, se ha demostrado que el desarrollo de estos tipos de carácter no es solamente el resultado del acondicionamiento contra ser una mujer. Un factor más básico puede ser la amenaza a la integridad personal por una dependencia anterior, una madre egoísta y dominante, por ejemplo, o por la labor de zapa de una madre destructiva que haya minado la propia estimación. En resumen, muchas de las fuerzas que contribuyen al desarrollo de los mecanismos neuróticos en general, pueden contribuir también a éste. Estas mujeres temen la dependencia porque la dependencia ha sido una fuerte amenaza para ellas. Tales mujeres son con frecuencia incapaces de cualquier relación íntima con hombres; y si se casan muestran una actitud hostil y vengativa ante el marido. Sin embargo, a veces la relación matrimonial constituye un éxito cuando las circunstancias le permiten trabajar libremente y mantenerse a sí mismas, por lo menos parcialmente, después del matrimonio. La preñez puede constituir una dificultad especial porque es al menos temporalmente una amenaza a su independencia. Ellas están siempre temerosas de caer en poder de alguien y perder el control de la situación.

Si el complejo de masculinidad no se desarrolla primariamente como una defensa contra un sentimiento de carencia biológica, si el sentimiento de inferioridad cultural por ser mujer no es la única causa de su desarrollo, pero por otra parte cualquier dificultad en cualquiera relación importante de dependencia puede contribuir a su formación, ¿por qué, entonces, toma esta forma particular de desear ser un hombre o pretender serlo, acompañada de odio a los hombres?

Hay dos cosas en la situación que estimulan este tipo de defensa. Primero, porque hay un beneficio secundario, dada la tendencia general de la cultura, en esa actitud. Parece ser un progreso y da a la mujer la ilusión de avanzar en el sentido de la libertad de su tiempo. En segundo lugar, ofrece un medio de evitar la intimididad más importante en la vida: la intimididad con el hombre. Esta relación, que implica frecuentemente dependencia y subordinación de los intereses de la mujer, revive todos los peligros de una dependencia anterior. La lucha por obtener alguna forma de superioridad, con respecto al hombre, es entonces un intento de evitar ser destruída. Se castiga a los hombres por todo lo que las mujeres han sufrido en toda clase de situaciones de dependencia.

Así, parece que la solución del problema de la envidia del varón por medio del desarrollo de un complejo de masculinidad no tiene un simple origen y que las causas que no se reducen a simples comparaciones sexuales son importantes.

En conclusión, me permito señalar que hasta ahora el psicoanálisis ha dado un conocimiento extenso de la psicología de la mujer solamente en un tipo de cultura. Los hechos observados en una parte determinada del mundo occidental han sido interpretados por Freud como una base adecuada para entender la psicología femenina en general y como prueba de una teoría concreta acerca de los factores biológicos específicos de la naturaleza de la mujer. He indicado que las características y sentimientos de inferioridad que Freud considera como específicamente femeninos y biológicamente determinados, pueden explicarse como desarrollos originados e influidos por la situación histórica de falta de privilegios de la mujer occidental, restricción de su desarrollo, actitud insincera ante la naturaleza sexual y dependencia social y económica. La naturaleza básica de la mujer es todavía desconocida.

(Traducción de Hernando Caro Mendoza).